

Miguel Cruchaga Tocornal

Elogio de don Agustín Edwards

Discurso pronunciado en la sesión del 5 de Agosto de 1941, de la Academia Chilena de la Historia

La Academia Chilena de la Historia cumple en estos momentos un deber sagrado al rendir un homenaje a la memoria del que fué su ilustre Presidente, don Agustín Edwards.

Sus actividades en nuestro Instituto pusieron de relieve sus condiciones morales e intelectuales, que lo colocaron en primer plano entre los hombres de cultura superior; y la Academia conservará su recuerdo con religioso respeto y con impecederá admiración.

La Historia patria le debe libros de alta valía, que serán siempre consultados por todos los que se interesen por la formación de nuestro país y no podrán faltar ellos en ninguna biblioteca pública o privada de alguna importancia.

La acción del señor Edwards abarcó los campos más variados: la diplomacia chilena le tiene reservado un puesto de primera línea. Es de admirar, en su vasta labor en esta materia, la visión patriótica que siempre inspiró sus actuaciones, la sagacidad con que procedía en las investigaciones para informar, la precisión y claridad que acusan sus comunicaciones oficiales.

Reunía en alto grado las condiciones que la diplomacia requiere para el ejercicio de la representación en lo exterior de los intereses políticos del Estado. En donde quiera que

llevó esa elevada investidura lo hizo con dignidad y con honor y dejó en todas partes manifestaciones inequívocas de su versación y ferviente anhelo de servir la causa de la cooperación entre los pueblos.

El periodismo le debe una acción renovadora y progresista, que no ha sido superada.

La educación pública le cuenta entre sus más eficientes y esforzados servidores.

Hombre laborioso como pocos, puso siempre su talento y su generoso corazón al servicio de las grandes causas de interés público y ha bajado a la tumba rodeado de una aureola de consideración general por sus reconocidas y eminentes cualidades, que lo colocan entre los hombres más brillantes y completos que ha producido nuestra tierra.

El señor Edwards se interesó muy especialmente en las disciplinas de la Historia y sus numerosos trabajos en esta rama de las ciencias humanas son testimonio irrecusable de que su nombre figurará siempre entre los autores más connotados de aquella.

La Historia es una ciencia y el escribirla es un arte. Edwards fué un historiador en el alto y clásico concepto de la palabra.

Compuso sus libros con arreglo riguroso a los métodos requeridos por tan difícil tarea: reúne primero los documentos que le habrán de servir de base, los analiza en seguida con criterio ecuánime, sabe colocarse él mismo con su pensamiento y su visión en la época propia en que acaecieron los sucesos que narra, se empapa en el ambiente en que se desarrollaron los hechos historiados y así lleva la investigación hasta reconstruirlos y darles vida. Y como historiador que supo ajustarse a los indicados métodos, no se limitó a sólo los documentos escritos, que muchas veces pueden o no existir por haberse perdido en el andar de los tiempos, o existir algunos que acaso estén contradichos por otros, o existir otros que hayan sido inspirados por pasiones o injusticias y que adulteraron, ya en el tiempo, la verdad de las cosas ocurridas.

Esta investigación sagaz y serena reclama del historior un espíritu imparcial y de honrada crítica, que lo llevará, además, a buscar fuente de acertado juicio en otros elementos, como las tradiciones, las leyendas, la prensa, los libros, todos ellos documentos también, pero indirectos, que habrán de contribuir

al historiador para que él pueda hacer revivir, con la máxima luz, el momento que historia, poniendo en ello un sereno sentido de crítica que lo habrá de llevar a cumplir con intachable honestidad su alto cometido.

El señor Edwards así concibió sus libros históricos y nos hacemos eco del juicio general, que compartimos, de que supo escribirlos con arte. Su exposición es elegante y la lectura se hace con agrado. Sabe dar vida a la frase y vigor al pensamiento, de lo cual resulta que su estilo corresponde a lo que se exige de un buen escritor.

Señores:

La Academia Chilena de la Historia tributa a su inolvidable Presidente un cálido homenaje de gratitud y de admiración y guardará su nombre inmarcesiblemente ligado a sus actividades de cultura, que él tan brillantemente sirvió.

He dicho.

Guillermo Feliú Cruz

Elogio de don Agustín Edwards

I

EL HOMBRE

En circunstancias bien dolorosas, se celebra esta sesión solemne de la Academia Chilena de la Historia, correspondiente de la Española, para hacer el elogio de uno de sus miembros de número y de uno de sus presidentes, que ha dejado de pertenecer a ella al entregar su ánimo al mundo extraño de las sombras. Nos embarga por esto la emoción. Al enmudecer su verbo, lleno de humana simpatía, desaparece del cuerpo académico un noble colega, cuya imagen vivirá en el recuerdo de cuantos le conocimos. Y en la corporación misma harán grandísima falta, en el suceder del tiempo, sus sólidos consejos y su ponderada experiencia, su profunda sabiduría y su creador espíritu de empresas. Pero todavía es mucho más sensible para Chile esta pérdida. En nuestra Academia era el suyo uno de los espíritus más ilustres y destacados; en el servicio de la República, por la importancia que le cupo en el manejo de arduas y delicadas tareas del Estado, desempeñadas con altivo patriotismo, resaltaba su personalidad como una figura moral superior, verdaderamente señera de la existencia ciudadana. Y su misma existencia, en otro orden de cosas, llenó más de cuarenta años de la historia del progreso chileno en beneficio del desarrollo intelectual, económico e industrial de su patria. Los años no borrarán su nombre;

pasarán sobre el suyo respetándolo en muchas de sus grandes empresas, y, aún cuando éstas, como es natural, perezcan, el nombre de Agustín Edwards, enraizado ya en la historia, se destacará con relieve propio por sus iniciativas de bien público y social.

¡Singular personalidad la de este hombre realmente extraordinario en nuestro ambiente contemporáneo! Todos aquellos factores externos que parecen aquí, como en cualquiera otra parte, determinar la felicidad de una vida, se reunieron en torno de la cuna de Agustín Edwards. El rango social, la alta posición de sus antepasados, deberían hacerle fácil la carrera. Aunque por sus dos apellidos acusaba estirpe británica, una larga y vieja prosapia española corría por sus venas, uniéndolo y entroncándolo a las antiguas familias coloniales. El espíritu de empresa, la constancia y el tesón, la voluntad inquebrantable para el trabajo, el criterio recto para ver objetivamente las cosas, los deberá Edwards a su ascendencia inglesa, tan admirablemente representada en su psicología.

Le sonrió la fortuna también. Procedía de banqueros que habían labrado ingentes capitales en un trabajo porfiado y tenaz en las montañas del norte de Chile, extrayendo de ellas ricos minerales. Pero no acumularon el dinero con egoísmo ni con el propósito de hacerlo servir únicamente a un propósito personal. Lo entregaban para ampliarlo en otras empresas, para facilitarlos en nuevas combinaciones, formándose así, en esta familia, una verdadera conciencia social del destino a que está llamada la fortuna adquirida por un hombre. Siendo casi un niño, Edwards se encontró dueño de una situación excepcional, como pocos han podido disfrutarlas en este país. El rango aristocrático y el peso del dinero, que tan admirados han sido siempre entre nosotros, lo colocaban, de este modo, en una brillante posición. Podía serlo todo y aspirar a todo, con sólo esos dos antecedentes. Pero prefirió superarlos y valer por ser él, y no el hijo afortunado del destino.

He aquí uno de los rasgos más hermosos de la vida de Edwards. Es cierto que tenía la pasta de un hombre de trabajo, y que su padre político y financiero, lo disciplina colocándolo en las oficinas de un banco, donde intencionalmente, para que conozca todo el mecanismo de la organización, le da un cargo de importancia secundaria. Esos fueron sus comienzos. Más tarde, cuando proyecte la fundación de

vastas empresas periodísticas, como nunca las hubo en Chile, Edwards se impondrá la condición de obrero en algunos de los rotativos de los Estados Unidos, para llegar a conocer perfectamente el sentido moderno de este género de industria al servicio de la cultura. Una especie de vértigo por la acción y el trabajo representa toda su existencia. Se encontraba dotado de una prodigiosa facultad organizadora, de un anhelo, inconsciente todavía, de servir y de ser útil. Apenas ha entrado en los lindes de la juventud, cuando transforma *El Mercurio* de Valparaíso, herencia de su padre, en un diario moderno; después concibe una edición santiaguina; y, por último, una empresa editora para publicar magazines y revistas de tipo moderno. Salen así a la luz pública: *Zig-Zag*, *Familia*, *El Peneca*, *Corre Vuela* y *Selecta*. Y en *El Mercurio* de Santiago y en las revistas antes recordadas, se forman todos los escritores que han ilustrado y dado brillo a las letras chilenas, en lo que va corrido de este siglo.

La labor de Edwards en este sentido, en beneficio de la cultura nacional, es un título que engrandece su nombre y lo hace acreedor a la gratitud de sus conciudadanos. Pero tendrá otros. Este banquero e industrial siente apego por la vida pública. Su hogar había sido el centro de reunión de los políticos del tiempo de su padre, que ahora, cuando ya él juega un papel en la vida, son los mismos divididos en diversos bandos de ideas. El hogar de Edwards, por sus viejas simpatías, habíase afiliado al partido nacional o montt-varista. Su padre fué uno de los jefes de esa entidad, difícil de definir de su contenido político, pero que acaso sólo quería un régimen de orden para hacer prosperar al país. Formaban ese grupo banqueros, industriales y antiguos jefes de servicio de la administración del decenio de Manuel Montt. Al finalizar el siglo XIX este partido desempeñaba un papel considerable en la política chilena y en el electorado nacional, acaso porque no participaba con las intransigencias del partido conservador, ni con los sectarismos del radical, ni con las veleidades del liberalismo, ni con las impurezas del liberal democrático, ni con la odiosa venalidad del demócrata. Allí, naturalmente buscó tienda Agustín Edwards, y a los 22 años fué elegido diputado, en 1900.

Obsérvase en su vida un paralelismo. Es en ese año cuando acomete, como banquero e industrial, la transformación de

El Mercurio, cuando funda la edición de Santiago y después en Antofagasta, cuando lanza sus capitales a una verdadera aventura, como muchos lo temieron, es cuando, a la vez, se hace político. Tiene, como ya se ha dicho, 22 años. ¿Ha tenido tiempo »para estudiar los problemas públicos? ¿Ha meditado en lo que es la ciencia política? Un viaje a Europa y otro a los Estados Unidos, le han hecho comprender muchas cosas. El trato con hombres cultos, le ha dado esa ilustración refleja que puede hacer brillante a un individuo, pero, en ningún caso, profundo. Las atenciones que le demanda el Banco que lleva el apellido de su familia, las pesadísimas de la organización de la complicada empresa periodística que ha formado y los ajetreos de la política, más una intensa vida social, le dejan tiempo—¡he aquí lo admirable!—para estudiar. Y estudia verdaderamente para presentarse en el Parlamento con un bagaje de sólida y razonada cultura. Nos encontramos así ante otro aspecto de la psicología de Edwards: la voluntad y una energía superiores para hacer de sí mismo algo que lo distinga en el grupo en que actúa y se desempeña. No quiere deberle nada a la influencia de su encumbrada situación social, como no sea un sentido caballeresco del honor y la imitación de las mejores prendas morales de sus antepasados. Fijaos bien: Edwards quiere ser siempre él, destacarse por su valer intrínseco personal, porque se siente capaz de tomar una actitud resuelta en la vida, y no ser uno de esos tantos respaldados de la gloria de ilustres antepasados, que concluyen manchándola por la incompetencia. El pasado de la familia Edwards le va a servir como ejemplo y estímulo. Nada más.

Esos días de 1900 fueron de fiebre. Pero el novel diputado se da tiempo, con todo el sobrehumano trabajo que gravita sobre él en delicadas cuestiones financieras e industriales, en las que tiene que cuidar, además del patrimonio de los suyos, para llegar a ser un eficiente parlamentario. En la Biblioteca del Congreso pasa largas horas estudiando; toma apuntes; hace extractos; se consulta, inquiere, pide datos y en cualquier debate aparecerá como un hombre bien informado. La Cámara de Diputados de esos días la componían hombres graves y sesudos, con vieja tradición parlamentaria. La presencia de este joven, que acaba apenas de dejar la adolescencia, les parece a esos patriarcas del Sanhedrin, irrespetuosa.

Pero el Diputado tiene formas y maneras que agradan: emana de él una irresistible atracción personal; llena su rostro una fresca, amplia y espontánea sonrisa; sus modales cautivan; y habla sin tener pretensiones, como si quisiera pedir excusas para ser oído. En una palabra, seduce. Y esos viejos repúblicos, atraídos por el magnetismo del joven, lo encumbran en 1903 a la vicepresidencia de la Cámara. Ha llegado entonces, exactamente, a la mayoría de su edad. Ninguno de estos triunfos le envanece. Ya se sabe cuál es su consigna: será algo por sí mismo; quiere debérselo todo a su esfuerzo. Y está convencido de que para ello tiene condiciones. Desde luego, ¿no es un titán para el trabajo? ¿No es un virtuoso de la constancia? ¿No es un formidable maestro de energía? Es dueño de una inteligencia serena y ponderada. La suya no tendrá fulgores de fuego ni matices deslumbrantes, pero lo que ilumina se destaca hasta en sus menores detalles. Tiene el arte de sintetizar en forma escueta las más difíciles cuestiones, y posee el don admirable de asimilar rápidamente.

No es, pues, difícil que para Edwards, con tales virtudes —descontada por cierto la prosapia aristocrática y la palanca poderosa de la fortuna— se abrieran horizontes insospechados en su carrera. En ella, en cada una de sus etapas, deja algo de su personalidad, es decir, le imprime a su obra de estadista un relieve propio en el que aparecen siempre, descollando, la voluntad, la acción y una recta orientación de sus deberes ciudadanos. Las tres veces que fué Ministro de Estado, dos en la Cartera de Relaciones Exteriores y una en la del Interior, su labor adquirió contornos bien precisos y sobresalientes. Promovió cuestiones de interés internacional, de una grave transcendencia para la solución de los problemas que tenían pendientes las tres naciones que tomaron parte en la Guerra del Pacífico, y, con altura de miras, con levantado patriotismo, arrostrando a veces críticas enconadas de la prensa y de la oposición, Edwards, con un ferviente espíritu americanista, con un sincero propósito de paz, se dió a cumplir lo que creía y estimaba su deber. Bajo apariencias tan amables y seductoras como las anotadas, ocultábase en este hombre, sin embargo, un carácter tesonero, implacable para imponerse. No dejaba sentir su imperio ni su voluntad, que encubría una suave, discreta y amable cortesía. En la Cámara de Dipu-

tados no brilló como orador. Su trabajo allí es silencioso, porque comprende que se hace labor más útil, no en la tribuna, donde las palabras si cautivan como una música, luego las desparrama el viento, sino en el seno anónimo de las comisiones, donde pueden servirse mejor los intereses del país, cuando existe naturalmente, interés en preocuparse de su destino. Este rasgo de la probidad del carácter de Edwards habrá que anotarlo como otro de los que perfilan el contenido moral de su psicología.

La vida política de Edwards culmina en el año 1910. Sus partidarios lo presentan entonces como candidato a la Presidencia de la República. A los 32 años, ¿no es muy joven para cruzarse sobre el pecho la banda de los Presidentes de Chile? Edwards representaba un movimiento de renovación contra ciertas formas políticas que algún actor del patriciado aspiraba a notificar. El candidato a la Primera Magistratura no tenía ni mucho más ni mucho menos edad, para llegar a ese cargo, que la que habían ostentado Bulnes y Montt. En todo caso, como ellos también, en la dirección de las cuestiones más delicadas del Estado, había demostrado competencia. Edwards encarna en ese instante a los elementos avanzados, no en la cuestión social, que entonces apenas si comenzaba a perfilarse, sino en la línea doctrinaria de la política, en la eterna e inútil lucha del conservantismo clerical, agrícola y aristocrático con el radicalismo masón, burgués y emancipado, y alrededor de los cuales giran otros partidos carentes de verdadera doctrina. Sentíase cansancio por esas luchas. Se buscaba un hombre con menos doctrinarismo político y más espíritu de progreso; un hombre joven, con anhelos de renovación, capaz de conducir la República por un camino más firme y seguro en su lenta evolución. Edwards significaba esta esperanza. Ponderado y justiciero, era un hombre de trabajo y con fortuna, lo cual le daba independencia; y su espíritu de empresa garantizaba la transformación económica e industrial del país. En la Convención de 1910, llegó a obtener el 49% de los sufragios, y, cuando su triunfo creíase plenamente asegurado, renuncia para no producir, en los días mismos del Centenario de la Independencia Nacional, en presencia de las delegaciones extranjeras, el espectáculo de una lucha que ofrecía prolongarse meses. No lo movían

ambiciones; hablaba el patriota. Y nuevamente tenemos aquí otro rasgo de su probidad, de su desinterés.

El amor a la cosa pública se le impone como un deber moral superior. Ese deber lo hace arrancar de su propia situación. Se siente obligado a servir a su patria, porque entiende que su independencia económica y el alto nivel de su alcurnia lo capacitan, mejor que a otros, para ello y porque debe también continuar la tradición de sus antepasados. Pero en el fondo palpita y vibra—y en esto no hay exageración alguna—un fuerte, acentuadísimo, concepto del patriotismo. Al servir a Chile, siente orgullo en hacerlo.

Después de la candidatura presidencial, Edwards dió por terminada su carrera política. Pero el país no podía perder las superiores condiciones de este hombre que, no obstante su juventud, había demostrado tener la pasta de un estadista. Su capacidad sería aprovechada en otras actividades. Se le designó entonces, en 1910, Ministro de Chile en Gran Bretaña, cargo en que permanecerá hasta 1924, y más tarde en el mismo, con el rango de Embajador, por designación del Gobierno de Alessandri, hasta el término de éste. Las tareas de la diplomacia no le eran desconocidas. En 1908 había sido Ministro Plenipotenciario en Italia, España y Suiza. La labor realizada en Londres no puede ser siquiera bosquejada en este elogio. Le tocó la defensa de los intereses de Chile durante la Guerra Mundial, y, en este orden, trabajó, como él sabía hacerlo, en estabilizar nuestra situación económica y financiera. Algún día se le agradecerán estos servicios, que la pasión política, en amargos momentos, trató de obscurecer y amenguar, imponiéndole a Edwards persecuciones y destierros. Se verá, entonces, además, cuanto hizo por incrementar nuestra marina de guerra. El prestigio de Chile en Europa, especialmente en Inglaterra, quedó afianzado debido a la obra personal del Ministro. La Legación adquirió un relieve que eclipsó las brillantes embajadas de Francisco Javier Rosales y Alberto Blest Gana.

La vida de Edwards ofrece todavía otros aspectos en un campo en que se desborda su personalidad hacia la significación mundial. La Liga de las Naciones, por ejemplo, en la cual representaba al Gobierno de Chile, le designó Presidente de la Comisión de Finanzas y un año después, Presidente de la Asamblea de las Naciones. Fué descollante su tarea

en la Quinta Conferencia Panamericana, reunida en Santiago en 1923. Se impuso una labor abrumadora en defensa de los intereses de su patria en la larga cuanto difícil gestión de la Comisión Plebiscitaria, en el año de 1925. En la Segunda Conferencia Internacional Americana de Educación, celebrada en Santiago en 1934, Edwards se dió a conocer en un orden de disciplina que hasta entonces parecía le había sido ajeno: los estudios acerca de la educación técnica. Al hacerse cargo de la Fundación Santa María, obra suya, se había visto obligado a formarse un criterio personal sobre este género de la educación técnica industrial. Antes de mucho, su versación en esta clase de materias era completa. Edwards ha dejado ligado su nombre a la formación de ese Instituto. Chile le debe este servicio.

Tal fué, en sus líneas generales, la vida de nuestro colega. Fué la de un patriota. Así lo reconocerá el porvenir.

II

EL HISTORIADOR

Fuerza es hablar ahora del historiador.

Edwards no recibió la enseñanza laica del Estado. Sus años de estudiante fueron cursados en un establecimiento particular, en el Colegio de San Ignacio de Santiago, al cual ingresó en 1889. Esa Escuela, que tan efectiva trascendencia ha tenido en la formación de un gran número de hombres públicos, arrojando a unos en las filas del conservantismo político-religioso más apasionado, a otros en la tienda opuesta la del radicalismo, para formar hombres completamente emancipados, y a los más en la del indiferentismo, tuvo una virtud superior, que no es posible negar. Los estudios estaban todavía en aquel colegio muy apegados a los viejos formulismos pedagógicos, y, sin establecer una gradual proporción en el aprendizaje de los ramos, a los jóvenes se les exigía un ejercicio memorizador verdaderamente cruel. Pero esa enseñanza, con todos sus defectos morales e intelectuales, tenía un mérito. Allí se enseñaba filosofía. Eran los buenos tiempos del padre Ginebra. El arte de razonar, de discutir, de pensar, de buscar las apariencias de la verdad con-

forme al sistema preconizado por ese gran maestro, adiestró muchas inteligencias juveniles. Las formó en las disciplinas de una estricta lógica, las dotó de una poderosa mente dialéctica, para desenvolverse con facilidad en la vida o en la carrera pública. Esos jóvenes tendrán una ventaja inmensa sobre los que lanza el liceo del Estado: están, desde este punto de vista mucho mejor organizados. Son fuertes en gramática, en cuyo estudio han hecho largos ejercicios de lógica; y han aprendido una filosofía que, aun cuando tenga mucho de teológica, de casuismo y de oportunidad, proporciona a la inteligencia esa flexibilidad, esa destreza, esa rapidez, que la hace brillante y sólida en cualquier momento. Para la defensa de la fe eran indispensables esas condiciones; para solidificarla todavía más, en el corazón de los jóvenes y hacerla triunfar sobre los escépticos, con una defensa sólida y rotunda, era de un valor inestimable. Pero esa formación mental, a base de puro raciocinio, la emplearán los discípulos del padre Ginebra en todas las actitudes de su existencia.

No sé si Edwards alcanzó a escuchar las lecciones del padre Ginebra. Es probable. Pero, en todo caso, la tradición de ese educador siguió entonces intacta durante largos años y sus métodos desenvueltos en la misma forma en que él lo hacía, con menos brillo, naturalmente. Sea de esto lo que fuere, Edwards no tuvo ni mucho menos, madera de mal estudiante. Eso sí, que le fué forzoso interrumpir sus estudios. La revolución de 1891, a consecuencia de ser su padre uno de los sostenedores de la doctrina del Congreso, lo obligó a salir del país para establecerse en Lima. Antes el muchacho había ayudado, en la medida de sus fuerzas, al triunfo de la causa de su progenitor. ¿Sabéis cómo? En una aventura hasta cierto punto peligrosa. En compañía de su primo Alberto Edwards Vives, tan niño como él, uno contaba 17 y el otro 13 años de edad, comenzaron a redactar una hoja clandestina de oposición violenta a Balmaceda, que llevaba por título *La Causa Justa*, y que, con extraordinarios sacrificios, burlando la acción tenaz de la policía, lograron mantener por espacio de tres meses. En ese papel alentaban a los revolucionarios, daban noticias abultadas y fantásticas sobre las fuerzas de que disponía el Congreso en Iquique y expresaban las operaciones que dentro de poco realizaría el Ejército Constitucional para derrocar la dictadura. De vuelta del exilio

de su padre, el joven Edwards terminó sus estudios en 1894.

Las aficiones literarias ¿nacieron en Edwards al desarrollar las tareas de periodista clandestino? ¿De aquí provino también su amor a este género de empresa? Quien sabe. Lo cierto es que a raíz de su primer viaje a Europa en 1896 publica en París un libro intitulado *Lo que ví en España*, y en Valparaíso, al año siguiente, 1897, la continuación de aquél, *Las tres fiestas de Sevilla*. Esos dos libros no representan nada en su acervo literario; más bien lo hacen desmerecer. A ellos el autor no les concedía importancia. A los 19 años, con más entusiasmo que dominio de la técnica literaria, deslumbrado por lo que vió en tierras extrañas, siente la necesidad de comunicar sus impresiones. Pero este juicio no puede ser absoluto. Edwards demuestra, ya, en estos prematuros anticipos de su vocación literaria, una de las características de su contextura de escritor: la objetividad en el relato; el don de saber dar color a los hombres y a las cosas. Se descubre, en estos dos libros de viajes, cierta fuerza de animación.

No volverá pronto a escribir obras estrictamente literarias. Pasará casi un cuarto de siglo antes de volver a hacerlo. Las faenas del periodista, del diplomático, del banquero, absorben demasiado su tiempo. Pero sigue estudiando, y entonces sus aficiones se canalizan hacia el dominio de la historia. Londres le presentaba una oportunidad espléndida para saciar su curiosidad por conocer nuestro pasado. En las librerías de la ciudad de la niebla se exhiben, en profusa cantidad, los hermosos libros de los viajeros que han tocado en nuestras playas. El más indiferente no deja de admirar la calidad insuperable de las láminas en que se dibujan con primor, con una marcada idealización romántica, nuestras antiguas costumbres señoriales y populares. Esos libros atraen, además, por su esmerada presentación tipográfica y por la severa elegancia de la encuadernación y empastadura de tipo puramente inglés. Edwards se familiarizó prontamente con ellos, y acaso deba a esos autores de viajes el despertar de su amor por el conocimiento de nuestra historia. Un hombre como éste, dotado de una ardiente curiosidad intelectual, supo apreciar, desde luego, el valor informativo de esos libros; un espíritu tan zahorí como el suyo, descubrió el valor social de esas narraciones; y su temperamento, tan reciamente encariñado con su tierra, debió sentirla mejor en la descripción de

esos viajeros, cuando más lejos estaba de ella por el desempeño de graves comisiones y de la cual se encontraba ausente por espacio de tan dilatados años. De ahí, de esas lecturas, a la investigación personal en los archivos ingleses, para comprobar mejor las informaciones de los viajeros que los documentan, no había más que un paso. ¿De estas lecturas e investigaciones nació el historiador? ¿O es que en Edwards va a cumplirse esa especie de ley que parece regir en Chile y quiere que cada estadista sea un historiador? Sigue, inconscientemente, la tradición del siglo XIX que encabezan, en su primera etapa, Gandarillas y Lastarria, Benavente y Tocornal, García Reyes y Sanfuentes; y más tarde, Vicuña Mackenna y Amunátegui, Federico Errázuriz y Santa María, Concha y Toro e Isidoro Errázuriz. Pero, cuando llega Edwards a tomar sitio en la historiografía nacional, queda poco por hacer. En el medio siglo corrido, desde 1844, cuando Lastarria presenta a la Universidad la primera memoria histórica, hasta 1906, en que Barros Arana concluye de publicar la narración del Gobierno de Bulnes, continuación forzosa de la *Historia General de Chile*, nuestro pasado en sus líneas más salientes ha sido investigado, y, todavía, historiadores como José Toribio Medina, Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, Domingo Amunátegui Solar, Alejandro Fuenzalida Grandón y Tomás Thayer Ojeda, la han expurgado en monografías especiales.

En sus líneas más generales, esta historia, ya sea del coloniaje, de la independencia o de una parte de la República, es bien conocida. ¿Conocida por quién o por quiénes? Por los eruditos, por los especialistas. No ha llegado al gran público; tiene un aparato científico demasiado severo; y ha sido escrita en un tono de adusta gravedad, la mayor parte de las veces. Algunos libros de Vicuña Mackenna y uno que otro de Amunátegui circulan como expresión de una literatura accesible a la masa. El resto de ellas queda en los estantes de las bibliotecas públicas, o en los anaqueles de los sabios. ¡Triste destino el que le cabe a una de las ramas más sólidas y más honradamente realizadas de la literatura nacional!

Edwards, con aguda percepción crítica, percibe el fenómeno. En Inglaterra, en Europa, en general, en los Estados Unidos, la ignorancia sobre Chile es penosa. Los mismos chilenos desconocen su pasado. Y las historias están ahí;

no hay quien quiera leerlas. Se le impone entonces la solución de ese problema. Lo que se requiere no es seguir investigando ni hacer más obra de erudición. Es necesario remontar esa corriente de sabiduría, y de ella extraer, con sentido humano, una interpretación del pasado nacional capaz de interesar, tanto al hombre culto como al que lee sin pretensiones, por simple entretenimiento. Se conseguirá de este modo ilustrarlo en las cosas de Chile. Tal es el plan de Edwards como historiador.

Lo que le interesa es divulgar las etapas de la evolución del país. Su concepción historiográfica carece de toda armazón doctrinaria en política, aun cuando él la tenga como hombre de Estado; tampoco quiere, y de ello huye, presentarse con las vestiduras de un hombre de ciencia. Quiere ser gráfico, objetivo, sintetizar grandes cuadros, interesar. Para conseguir estos resultados, Edwards ha debido usar de un estilo animado y generalmente colorido, cualidad esta última que ya encontramos en las primeras obras de su iniciación literaria. Ha debido hacer uso constante de las descripciones, las que ha encerrado en líneas apretadas y precisas cuando se refieren al paisaje, cuando dicen relación con un suceso de bulto, una asonada, un estallido de las pasiones en las calles, un combate, una batalla, una sesión tumultuosa en una asamblea. Entonces destaca lo que ilumina más el hecho, refiriéndolo a la anécdota, a la cita pintoresca, al detalle que despierta en la imaginación del lector una asociación de imágenes capaces de reconstituir el ambiente que se ha pretendido evocar. Este sistema o método, nuevo en nuestra composición histórica y que el lector imagina fácil por la misma sencillez con que le se presenta y hasta se le impone, requiere en el autor, sin embargo, un conocimiento profundo de la materia de que trata, un admirable buen juicio para saber escoger lo esencial y no confundirlo con lo accesorio, y un fino gusto para combinar, sin desnaturalizar la verdad de la historia, lo pintoresco con lo exacto. Tal clase de libros parecen frívolos, de ejecución sencilla, en los que no ha sido necesario un gran esfuerzo de estudio. Pero dése vuelta la tela del cañamazo en que se anudan los hilos, en que estos se bifurcan, se cruzan y se entrecruzan, y se verá la profundidad de los cimientos, el enorme aparato erudito que ha sido necesario desplegar para llegar a esa diáfana arquitectura, que aparece dibujada sin

ningún esfuerzo. Tal es la virtud del artista. Edwards, en efecto, dispuso para sus obras de un vasto, vastísimo arsenal de documentación, elementos que, en manos menos diestras que las suyas, habrían embarazado la obra, convirtiéndola en la misma rancia escuela de erudición de la historiografía nacional.

Largos años trabajó Edwards en allegar elementos documentales y bibliográficos para sus libros. El plan de ellos fué también detenidamente concebido en un considerable espacio de tiempo. Algunos de sus capítulos, nos manifestó en una ocasión, como por ejemplo los que se refieren a *La Conquista de Arauco y Descubridores y Conquistadores* en la obra *Gentes de Antaño*, fueron cinco y hasta siete veces rehechos. «Sin quererlo—me decía—caía en la erudición; el detalle cubría lo fundamental. El esfuerzo para eliminar todo aquello que no fuera importante, para podar y quitar frases que me parecían hermosas, pero inadecuadas, cuando yo mismo las sometía a una severísima crítica, es una tarea verdaderamente agotadora. De todos mis libros, *Gentes de Antaño* es el que más me ha costado, porque allí trataba de una materia que no me era tan familiar como la estudiada en otros míos, de los cuales no estoy satisfecho con algunos». El autor volvía siempre sobre sus manuscritos, y ellos habrían quedado por espacio de muchísimos años más, guardados en las gavetas de su escritorio en espera de una nueva corrección o de un dato de mayor sugerencia, si un hecho en su vida pública no lo hubiera obligado a lanzarlos al público como una demostración de amor a su patria. Vejado durante la Dictadura de Ibáñez, desterrado con notoria injusticia, escarnecido por alguna prensa que seguía las inspiraciones del Dictador, o simplemente trataba de halagarlo, Edwards sufrió esos atropellos con mansedumbre, pero con un dolor profundo en el alma. Su carrera pública aparecía pisoteada; su honra hecha jirones, las intenciones de su patriotismo prejuzgadas en forma aleve. Un desconsuelo amargo comenzó a embargarle entonces, y, al volver la vista hacia la imagen de su patria, al verla sojuzgada, al ver rota y deshecha la tradición civil de casi un siglo, en el refugio de sus libros encontró la paz.

En esos días de luchas y tremendas inquietudes para él, apareció la edición inglesa, impresa por Benn, del volumen intitulado *Mi tierra, Panorama, Reminiscencias, Escritores y*

Folklore, que fué traducido al castellano en 1928. Es una descripción panorámica de Chile en la que se describe el territorio en sus rasgos más salientes. En cuadros movidos por una pluma ágil, la geografía de Chile se desenvuelve como en un vasto escenario de contrastes. Se dibuja el desierto en toda su inmensa grandeza, la riqueza del oro blanco que guardan sus entrañas calcinadas en el día por un sol de fuego y en las noches por un frío que quiebra en mil pedazos las losas de las sales; se destaca la dulzura idílica del valle central, cuna del país, y en donde una temperatura ordinariamente pareja, crea un linaje de naturaleza único en el mundo; perfila las regiones de la selva sureña, aún impenetrable, y describe los árboles gigantescos que allí florecen en un verdadero infierno de exuberancia de vida, de maticés y de flores; enfoca el cuadro de los canales, de los fiordos y de las islas, donde la tierra, como un cristal roto, se despedaza en mil partes. Luego, dentro de ese vasto marco, sitúa al hombre en las regiones del pensamiento, en sus diversas manifestaciones, desde la conquista hasta nuestros días. Pero todo esto en un boceto rápido, sin ningún recargo. Es como un gran fresco que ofreciera diversos trazos pintados con un fuerte relieve. El libro—inspirado en un vehemente amor al terruño—recuérdese que eran los días de la persecución del autor—asocia el nombre de otro chileno que escribía en Europa en el siglo XVII, el padre Alonso de Ovalle autor de la *Histórica Relación del Reyno de Chile* y a quien movía el mismo sentimiento de Edwards: dar a conocer su patria en el extranjero y satisfacer una aspiración orgullosa de su patriotismo.

Un año después, en 1929, Edwards publicaba en Londres, en inglés, un nuevo volumen de la serie de estudios históricos que se había propuesto escribir, el cual apareció vertido al castellano, en Valparaíso, el año de 1930. Se intitula *Gente de Antaño*. Este libro resume, siguiendo el mismo plan del anterior, la historia de la vida y costumbres araucanas, el esfuerzo gigantesco de la conquista, la fusión de la raza dominada con la española para crear el tipo del mestizo, especie de paria del ambiente social de esa época, artesano de las ciudades reducido a una miserable condición, y en los campos peón, al cual, como al indio, no se le abre horizonte de ninguna especie. La lucha de 300 años en que se desenvuelve la colonización del territorio araucano, feroz y cruenta

en el siglo XVI, tremenda en el que le sigue, que hasta pone en peligro la existencia misma de la colonia en circunstancias en que se dibujan sus contornos en medio de una violenta imprecisión, decae en el siglo XVIII, cuando el sistema de los «parlamentos» entre el araucano y el español establece una convivencia de respeto entre ambas razas, que se toleran y se aceptan mediante formas de derecho. La visión general que presenta Edwards del desarrollo de Chile en el espacio de tres siglos, sin decir nada nuevo, deja al lector informado de ese gran proceso de la estructura de la nacionalidad chilena. Cada siglo es una etapa: el XVI es el de la conquista, el XVII de la formación, el XVIII el del asentamiento. El que sigue al de la apropiación de la tierra por el elemento castellano, o sea, el XVI, es el que tiene contornos más salientes. La gente es bravía, inmoral, llena de instintos pasionales; la corrupción administrativa y social florece en todas partes, en el soldado, en el clero, en el magistrado, en el hogar. Es el período en que la encomienda se convierte en una explotación brutal; en que a los araucanos—un pueblo entero—por disposición de Felipe III, se les hace esclavos; en que las familias aparecen divididas en feudos irreconciliables por antagonismos de rango social y de preeminencias de fortuna. Es el siglo de la Quintrala y de Meneses, de capitanes tan notables como Alonso de Ribera y Alonso de Sotomayor. Es, en suma, el siglo de los misioneros de la guerra defensiva, de los corsarios, filibusteros y forbantes, de la destrucción de las siete ciudades. En esta loca efervescencia, en que todo parece desquiciado, la raza chilena del criollo y del mestizo, surge impasible en las heredades vastas y confusas de la encomienda y en el campamento de las ciudades. Otro carácter presenta el siglo XVIII. Corresponde al de los buenos gobernadores, al del progreso social, edilicio y administrativo.

La colonia ya está hecha sobre bases de granito y dominada por dos sentimientos místicos que la preservan para el Rey: el dogma de la majestad real y el dogma de la majestad divina.

Las dos obras que se han nombrado—*Mi Tierra y Gentes de Antaño*—participan del carácter de escritos históricos de divulgación. Lo que las hace novedosas es el plan, el arte admirable de la composición literaria. En la segunda, el método de las grandes síntesis, de los vigorosos retratos, la

esquematación de los períodos, han sido trabajados con un esfuerzo que llama poderosamente la atención. Un reparo debe hacerse, sin embargo, a este segundo libro de Edwards. El estudio de la vida, costumbres y organización social de los araucanos está casi exclusivamente basado en las publicaciones del etnólogo. Tomás Guevara. Por vasta y meritoria que sea la labor de este hombre de ciencia, por el cual Edwards sentía ardiente admiración,—en 1930 le consagró un trabajo especial que lleva por título *Sinopsis crítica de un libro notable: razas indígenas de Chile*—sus investigaciones en este ramo de la etnología, como en los de la arqueología y la etnografía han sido plenamente discutidas y sus conclusiones ordinariamente desechadas. Edwards se basó en esos estudios y, es sensible que prescindiera de los de Ricardo E. Latcham para fundamentar sus puntos de vista.

El Alba, aparecido como los otros libros en edición inglesa y en esa lengua el año 1931, fué traducido al castellano en el mismo año y publicado en Valparaíso. Comprende un período de la historia nacional que no alcanza al cuarto de siglo, desde 1818 hasta 1841, si bien le precede una especie de introducción en la que el autor destaca el nacimiento de la revolución de la independencia, a partir del 18 de Septiembre de 1810 hasta la derrota de Rancagua en 1814, o sea, lo que se ha designado con el nombre de la Patria Vieja. Hay aquí, a pesar de su carácter de boceto, algunos capítulos que tendrán siempre interés de información psicológica, tales como el consagrado al criollismo, cuyo espíritu estudia con detenimiento. Aunque no es profundo, y en la materia pudo ahondarse mucho más, tal como Edwards lo presenta satisface como explicación del sentimiento de amor a la tierra que dominaba en ese estrato social, y por la apretada densidad con que ha sido narrado el capítulo destinado al Gobierno tempestuoso de Carrera, lo mismo que el referente a la reconquista y al destierro. Estas páginas deben ser estimadas como un buen logro de interpretación histórica. En una breve introducción fechada en París en Mayo de 1930, el autor ha escrito acerca de su obra: «Mi labor—ha dicho—ha sido más bien de condensación que de descubrimiento, de dar colorido a dibujos ya diseñados, no eso de pintar cuadros históricos originales, de poner al alcance de la gran masa, en sus grandes líneas y en lenguaje que se deje leer sin grandes esfuerzos men-

tales de concentración, lo que otros han narrado en forma más docta y clásica y con detalles que revelan una preparación científica y literaria que no podemos ni pretendemos alcanzar los que no hemos dedicado, como ellos, una vida entera a las letras y a la investigación histórica». En esta declaración hay un rasgo de modestia. El período historiado por Edwards, los treinta años que corren de 1810 a 1848, mereció de historiadores profesionales como Barros Arana, los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Bulnes, Sotomayor Valdés, los Errázuriz, Concha y Toro, Roldán, y tantos otros más, prolijas investigaciones. En realidad, el cuadro era conocido. Las dictaduras de O'Higgins y de Freire, el gobierno de Pinto, la anarquía, la instauración del sistema portaliano, no dejaban, después de esos trabajos, nada que decir. Pero el que volviera sobre esa etapa debía imponerse una tarea tan ingrata como oscura. La labor paciente de la investigación había ido acumulando materiales nuevos que, si no desfiguraban las siluetas del cuadro, las hacían comprender mucho mejor. La correspondencia de los próceres, por ejemplo, extraída sólo ahora, contribuye a delinear con claridad la figura moral de esos hombres; la publicación de toda clase de documentos perfila con más nitidez la época, y esos datos pequeños son los que dan relieve a la misma y hacen la crónica más densa en exactitud.

Ese trabajo de rectificación y esclarecimiento en los nuevos materiales acumulados por la incesante rebusca de la erudición, se lo impuso Edwards, y *El Alba* representa así, hasta el momento en que apareció, 1931, un campo espigado absolutamente de malezas. La información contenida en esas páginas, refleja el estado actual de nuestros conocimientos históricos hasta ese momento. Tal es el mérito de esta obra de Edwards. Tiene otro más todavía. Ninguna de las pasiones que se desarrollaron, en ese tempestuoso período, solicita las simpatías del historiador. Por sobre carrerinos y o'higginistas pasa sin desmostrarles ni simpatías ni odios: en los pipiolo y pelucones no ve nada que le conmueva. El mismo Portales le es indiferente. Caracteriza los hombres y los hechos. Ese es su papel asumido con un sereno criterio de narrador objetivo.

En *El Alba*, como ya se ha insinuado, hay una labor personal de investigación, más bien dicho, de compulsión de exac-

titud. En *Cuatro Presidentes de Chile*, aparecido en Valparaíso en 1932, en dos gruesos volúmenes, Edwards se revela como un diestro investigador. Ha debido trabajar sobre una documentación original. En la primera parte, que comprende el gobierno de Bulnes, reseña la obra de Barros Arana acerca de ese decenio (1841-1851), que el autor destaca conforme el plan que ya conocemos. Los diez años de gobierno de Manuel Montt (1851-1861), conocidos fragmentariamente por las monografías de Vicuña Mackenna, el *Cuadro Histórico de la Administración Montt* y por algunos capítulos deshilvanados de Alberto Edwards, recogidos más tarde en un volumen, están presentados en una forma coordinada y novedosa, aunque no profunda. El autor pudo ilustrar esta parte de su historia con los elementos preciosos del epistolario de Antonio Varas, dado a luz por el nieto de aquel estadista, Miguel Varas, en una serie de volúmenes debidamente anotados y con excelentes prólogos de escritores nacionales, como Augusto Orrego Luco, Alberto Edwards, Carlos Vicuña Mackenna y Alberto Cruchaga Ossa.

El cuadro de conjunto de esa administración, por la cual Edwards sentía un encendido respeto que había sido tradicional en su familia, está escrito con justicia y ecuanimidad. Acaso algunas densas sombras de la obra de ese gobierno, sobre todo en el orden político, el autor trató de desvanecerlas no recargando el comentario.

La parte sólida de *Cuatro Presidentes de Chile* la compone la historia de los Gobiernos de José Joaquín Pérez (1861-1871) y de Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876). Ninguna de esas administraciones había tenido un historiador, y fué Edwards el primero que se ocupó de ellas. Por esta razón el plan seguido en sus otras obras varía en ésta, y la narración deja su antigua expedición hasta cierto punto, para acomodarse a la cronología, a la comprobación y al examen detenido de los antecedentes. No debe olvidarse que el autor actuaba en un campo virgen. Multitud de sucesos de aquellos dos Gobiernos, uno de transición, y el otro, en sus comienzos, de marcada tendencia conservadora, que concluye convirtiéndose en uno de los más liberales de la República, y del cual arranca ya, en definitiva, el triunfo de este partido, el historiador los encuentra enredados en ardientes polémicas, en discusiones apasionadas y en violentas diatribas. El gobierno de Pérez

recibía la herencia cargada de odios del decenio de Montt. Los enemigos de ayer de esa administración son los hombres de Estado de hoy, y quisieron imponer su ley a los mandatarios que los hicieron sufrir las persecuciones y destierros de 1851 a 1859. El esfuerzo patriótico y conciliador del Ministro del Interior, Manuel Antonio Tocornal, no basta para serenar los ánimos. La compuerta cede a la avalancha y sólo logra acallarla la guerra con España. Un momento de tregua en el hervor de las pasiones.

La guerra con España terminó con gloria para Chile. En Abtao vencimos el orgullo español, y éste concluyó hecho trizas en el bombardeo cobarde de Valparaíso, de que fuera capaz la insensatez rebelde de quien no era ni la sombra de la proverbial hidalguía castellana. Pero se acumulaban los problemas internacionales en nuestras fronteras. Las controversias con Bolivia amenazaban la paz, después de ser este país nuestro aliado. En 1864 se producía la ruptura de relaciones. Con Argentina comenzaban a enredarse la cuestiones limítrofes.

Toda la obra de las administraciones de Bulnes y de Montt para levantar el nivel de la vida intelectual de las clases desvalidas, ya fuera en la escuela primaria, en el Liceo de segunda enseñanza, o en la Universidad, se conjuran en esta administración para gravitar fuertemente sobre el poder y hacer sentir nuevas aspiraciones. La mística liberal ha triunfado por el impulso de aquellos gobiernos que, al creer formar hombres de sus filas, los ha lanzado, precisamente, en el campo contrario. Las prédicas de ideólogos, como Lastarria y Bilbao, han encontrado un terreno propicio en este régimen de reedición, y sus ideales, todavía vagos, se cristalizan en la prensa. En esos momentos el liberalismo tenía ofensas que vengar, y el conservantismo cuentas que pedir a la administración anterior que lo había expulsado del poder. He aquí el origen de la fusión liberal-conservadora. Y es la bandera del liberalismo la que cubre la no muy clara del conservantismo religioso. Acepta el oriflama de la reforma de la carta de 1833 y pide la libertad electoral cuando ha sido desposeído del poder, sin pensar que el paso era tremendo, porque cuando fué gobierno la conculcó y escarneció. Y viene el período de la iniciación de las reformas constitucionales. Por lo menos, se consiguió la ley interpretativa del Art. 5.º de la

carta de 1833. Era un paso en la reforma, y avanzadísimo. Mientras tanto, el país progresaba. La administración pública se hacía más y más eficaz mediante continuas reformas; el progreso material del país era evidente; pero la vieja aristocracia, que dió formas concretas a este país, desaparece y surge otra, hija de las riquezas de nuestras montañas, que reemplaza a aquélla. En la primera había el sentido del honor, en ésta, mucho espíritu de agiotismo. Comienzan a dibujarse las crisis económicas y los primeros transtornos de la moneda.

El año de 1871 encaraba la sucesión presidencial. Mucho antes de hablarse, concretamente, de un sucesor oficial, la figura de Federico Errázuriz asume contornos que parecen señalarlo como el heredero de Pérez. Respondía a una filiación liberal. En 1848, como orador revolucionario y, todavía, como conspirador en el Club de la Patagua, había dado que hacer bastante al Gobierno de Montt. A pesar de sus influencias de familia, este Gobierno lo había desterrado. Odiaba como sabe odiar la alta casta chilena cuando se han herido sus sentimientos políticos, a los hombres del decenio. Ni pan ni agua a los enemigos de la víspera, los montt-varistas o nacionales, estaba dispuesto a concederles. Era él, personalmente, un tipo de caudillo. Ambicioso, dueño de grandes influencias electorales, que sabía cultivar con esmero, autoritario, convencido de su rango, generoso cuando quería serlo, pero déspota, en el fondo. Errázuriz iba a subyugar a una gran parte del electorado nacional. Siempre se impondrá en nuestra historia del porvenir este tipo de político. La oportunidad de sus intereses hará converger hacia ellos los más enconados puntos de vista. Por lo demás, había sido el hombre del Gobierno de Pérez. Sube al poder el revolucionario de 1848 y el desterrado de las jornadas del decenio de Montt en brazos el Partido Conservador. Los liberales están en trance de división. La reforma electoral y de la Constitución, le resulta al conservantismo menos clara que en los días de oposición. Al establecerse casi por derecho propio, en el gobierno elimina cuidadosamente estos programas de avanzada.

Y un incidente, la feria de exámenes, los arroja del poder. Barros Arana y Cifuentes, dos educadores, el uno desarraigado del peluconismo tradicional y convertido a un apasionado

liberalismo, y el otro conservador, pero que confunde los intereses del Estado con los de la Iglesia, son los causantes del desastre. Cae el partido conservador. Las reformas de la Constitución ábrense paso entónces. Son tantas y de tanta entidad, que el Código pelucón no tiene nada que ver con las reformas que se elaboran en 1874. Es otra Constitución; en su espíritu y doctrina, como ha dicho Alcibiades Roldán. Todo esto en lo que al cuerpo de ideales del liberalismo se refiere. En el orden del progreso material, el país continúa su curso. Pero el desequilibrio económico es evidente y funesto. Se va preparando el camino a la incorvertibilidad del billete. La clase media y popular sufrirán las consecuencias de esta mala política económica.

Tal es el resumen de las administraciones de Pérez y de Errázuriz que se deriva de *Cuatro Presidentes de Chile*. El autor es ya menos objetivo; piensa sobre sucesos y fenómenos que ponen una cruel interrogación en el alma del patriota. Comprende a dónde llevará el desenlace de este juego financiero en el tiempo. Encuentra, en este peligroso agiotismo, la explicación de las rebeliones de las masas en el país. Solamente apunta los hechos y no quiere de ello deducir consecuencias.

Con el título general de «Período de zozobras», Edwards se proponía estudiar la historia nacional en una serie de libros que debían llevar por título *Pinto y la guerra*, *Santa María y la paz* y *Balmaceda y la guerra civil* y preparaba otros más que contenían el desenvolvimiento de la marcha del país hasta el año de 1925. La muerte del autor ha tronchado esa iniciativa. En 1935, en el volumen que la Universidad de Chile consagró a conmemorar el cincuentenario de la vida de publicista de don Domingo Amunátegui Solar, Edwards publicó allí tres capítulos de su obra sobre *Pinto y la guerra*. No permiten ellos formar un juicio sobre lo que iba a ser ese estudio, en definitiva. Lo único que puede decirse es que están bien escritos y armoniosamente investigados. El panorama de Chile, en 1876, es completo; abarca todas las actividades del país. El retrato del Presidente Pinto, débil; la formación del primer Gabinete de la nueva administración arroja luces desconocidas. El detalle por otra parte, comienza ya a abrumar al autor.

No caben dentro de las líneas de este estudio, consideraciones mayores sobre otros ensayos históricos de Edwards como, por ejemplo, los «Apuntes Biográficos de don Federico Santa María» libro de circunstancias y sin perspectivas; la «Contribución a la Bibliografía Colonial de Chile», bastante deficiente; el «Elogio de don Eliodoro Yáñez»; el «Bosquejo panorámico de la prensa chilena», que fué el tema de su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, y en el cual el autor, contrariamente a su método literario, se hizo fatigoso y prolijo; el ensayo sobre «Camilo Henríquez», que debe reputarse como pieza acabada de síntesis y concreción; y, por último los «Viajes de Ercilla», en cuyo estudio vuelve Edwards a su antiguo sistema, es decir, a la descripción vigorosa del paisaje y de los hombres.

He llegado al término de la tarea con que me honró la Academia y debo emitir un juicio al concluir este elogio. Edwards, como hombre público y estadista, fué un abnegado servidor de su patria, que se impuso la obligación moral de entregarle toda la extraordinaria capacidad de su inteligencia y voluntad. Fué, por lo tanto, un patriota. Edwards, historiador, contribuyó de un modo poderoso a divulgar en lenguas extranjeras y en la propia, la historia de su país. Esta fué otra derivación de su sólido amor a Chile y acendrado patriotismo.

III

OBRAS DE AGUSTIN EDWARDS

BREVISIMA NOTA BIBLIOGRAFICA

1896

1. Lo que ví en España. París, 1896.

1897

2. Las tres fiestas de Sevilla. (Segunda parte de Lo que ví en España. Valparaíso, 1897.

1906

3. Conferencia Internacional de Ginebra. Ginebra, 1906.

1921

4. Observaciones sobre Suecia. Santiago, 1921.

1926

5. Memoria presentada al Supremo Gobierno por el Miembro Representante de Chile en la Comisión Plebiscitaria (Arbitraje de Tacna y Arica) designada por el Laudo Arbitral. Santiago, 1926.

1928

6. My native Land. London, 1928.
7. Mi tierra. Panorama. Reminiscencias. Escritos y Folklore. Valparaíso 1928.

1929

8. People of Old London. London, 1929.
9. Salitre y guano. Por Miguel Cruchaga. Prólogo de Agustín Edwards. Madrid, 1929.

1930

10. Cuchicheos de un abuelo. Aventuras de Juan Esparraguito o el niño legumbre. París, 1930.
11. Gentes de Antaño. Valparaíso, 1930.
12. Sinopsis crítica de un hecho notable. Razas indígenas de Chile. Santiago, 1930.

1931

13. Apuntes biográficos de don Federico Santa María y breve noticia de la Fundación que lleva su nombre. París, 1931
14. Contribution sur la Bibliographie Coloniale Chilienne avant et après 1900 précédée d'une notice sur le période Coloniale Chilienne. París, 1931.
15. El Alba. 1818 - 1841. Valparaíso, 1931.
16. La América Latina y la Liga de las Naciones. Santiago, 1931.
17. The Dawn. London, 1931.

1932

18. Algunas reminiscencias y observaciones sobre Chile. Santiago, 1932.
19. Cuatro Presidentes de Chile. Valparaíso, 1932.
20. Fundación Santa María en beneficio de la clase obrera. Santiago, 1932.
21. Recuerdos de mi persecución. Santiago, 1932.

1933

22. Elogio de don Eliodoro Yáñez y bosquejo panorámico de la prensa chilena. Discurso de incorporación a la Academia y respuesta de don Luis Barros Borgoño. Santiago, 1933.
23. Período de zozobras. Santiago, 1933.

1934

24. Camilo Henríquez. Santiago, 1934.
25. II Conferencia Internacional - Americana de Educación. La enseñanza técnico - industrial de las Escuelas de Artes y Oficios y Colegio de Ingenieros «José Miguel Carrera» de la Fundación Federico Santa María. Valparaíso, 1934.

26. La cuestión de la plata. Santiago, 1934.
27. Las corporaciones y la doctrina liberal. Santiago, 1934.
28. Viajes de Ercilla. Santiago, 1934.

1940

29. La Educación bajo el prisma británico. Conferencia dada en el Centro de Estudios Religiosos de Santiago. Valparaíso, 1940.
En la Revista Chilena de Historia y Geografía, en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia, en el Boletín de la Academia Chilena de la Lengua y en el *Mercurio*, como en otras publicaciones de carácter periódico, se encuentran interesantes estudios históricos de Agustín Edwards que no he tenido, materialmente, tiempo de colacionar en esta lista.